

NOTA**LA MOVILIDAD COMO ESTRATEGIA EN EL USO DEL TERRITORIO NORPATAGÓNICO A FINES DEL SIGLO XVIII: FUNCIONARIOS COLONIALES Y GRUPOS INDÍGENAS***Laura Aylén Enrique**

Estudiamos los diarios de viaje de los expedicionarios virreinales que recorrieron el norte de la Patagonia desde una perspectiva etnohistórica con el objeto de analizar la circulación de los indígenas y los hispanocriollos por el territorio como una forma de utilizar el paisaje. Aunque la historiografía tradicional estigmatizó a los grupos indígenas por su alta movilidad asociándolos a la idea de salvajismo, los desplazamientos hispanocriollos relatados en los documentos examinados muestran que los viajeros adoptaron ciertas prácticas indígenas para circular por la región.

Al investigar los documentos tanto editados como manuscritos (Viedma [1779], [1781], [1781] 1938; Villarino [1782] 1972), nos encontramos con diversas dificultades metodológicas tales como descubrir los topónimos en los textos, discernir las relaciones entre dos lugares con ortografía similar, ubicar los sitios en la cartografía actual y confrontar los significados y ubicaciones presentados por cada autor, planteadas por Nacuzzi y Pérez de Micou (1994). Triangulamos la información presente en los distintos relatos teniendo en cuenta una lectura que consideró el sentido de lo escrito, su contexto y los intereses del autor (Nacuzzi 2002), lo que nos permitió complementar datos y evidenciar ciertas relaciones entre los autores de las fuentes consultadas (Enrique 2010a).

Tuvimos en cuenta dos ejes principales para analizar la documentación: 1) el uso del territorio, considerando tanto a) las nociones de “nomadismo” tradicionalmente asociadas a las de “salvajismo”, como b) la organización del territorio bajo dominio indígena y c) los desplazamientos hispanocriollos plasmados en los diarios de viaje; y 2) las influencias mutuas producto de las interrelaciones entre los diversos grupos.

Entendemos la noción de “espacio” como una construcción social conformada históricamente –con base en el marco teórico de la Arqueología del Paisaje (Criado Boado 1995; Curtoni 2004)–. Asimismo, la idea de territorio alude a la red de relaciones sociales que se tejen en el terreno, y se vincula estrechamente con la conformación de la territorialidad, y el concepto de paisaje comprende no sólo lo geográfico sino también cuestiones culturales producto de las interacciones humanas que lo conforman. Sostenemos que la movilidad por el territorio norpatagónico durante el periodo

* Becaria de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires. Proyecto UBACYT F105. E-mail: aylenele@yahoo.com.ar

tardo-colonial constituyó una estrategia económica y espacial tanto para los indígenas como para los hispanocriollos, que influyó en los modos en que los grupos sociales interactuaron.

FUNCIONARIOS VIRREINALES EN UN TERRITORIO DOMINADO POR INDÍGENAS “NÓMADES”

A partir de los ejes planteados *supra*, consideramos en primera instancia los prejuicios presentes en trabajos historiográficos tradicionales (Harrington 1946; Escalada 1949; Canals Frau 1953; Casamiquela 1969; Vignati *s/f*) acerca de los grupos indígenas del norte de la Patagonia señalados por Nacuzzi (1991). En particular, con respecto a los denominados “tehuelches”, la autora advirtió que habían sido definidos como un conjunto “nómada y, por lo tanto, imposible de reducir y, entonces, bárbaro, salvaje, primitivo, en contraposición a otros grupos mansos, reducidos, adoctrinados, bautizados” (Nacuzzi 1991:108). Las cuestionadas perspectivas que estigmatizaban a los grupos indígenas de la región vinculándolos al nomadismo y el salvajismo desdibujaron paralelamente el hecho de que la alta movilidad indígena había contribuido a obstaculizar el sometimiento por parte de los españoles. Según Nacuzzi (1998), la noción de nomadismo debería facilitar la comprensión acerca de la explotación de recursos, los circuitos de abastecimiento y la organización territorial, en lugar de reproducir acríticamente las descripciones de los primeros viajeros. Esos primeros trabajos mencionados también minimizaron la relevancia de la circulación de los hispanocriollos por un territorio dominado por indígenas, cuyos rastros se encuentran plasmados en los diarios de los viajeros. Desde el punto de vista de Luiz (2006), así como las ideas de bárbaro-infiel-salvaje fueron utilizadas para caracterizar negativamente a los grupos resistentes al dominio colonial, el hecho de conceptualizar a la región como una tierra inhóspita condicionó los modos de interpretar y de apropiarse de ese espacio.

Si retomamos los ejes propuestos, resulta preciso abordar en segundo término el hecho de que el territorio del norte de la Patagonia se organizaba bajo control de grupos indígenas insumisos a la Corona española. En este sentido, Pinto Rodríguez (1996) sostuvo que durante el siglo XVI se llevó a cabo una conquista de sujetos y no de territorios, a través de un doble proceso de construcción de sujetos excedentarios y cristianos desarrollado por el proyecto colonial. Progresivamente, ciertas regiones como Sierra de la Ventana y Salinas Grandes se constituyeron como enclaves indígenas que abastecían a los hispanocriollos de ganado y sal –respectivamente– a través de los intercambios. Dada la relevancia de la zona, a fines del siglo XVIII, las autoridades borbónicas ordenaron llevar a cabo expediciones de reconocimiento al interior del territorio, del cual sólo conocían las costas. Quienes fueron encomendados a las exploraciones detallaron en diarios e informes no sólo lo que encontraban a su paso sino también las relaciones que se establecían con los indígenas con los que interactuaban. Los expedicionarios que se aventuraban a traspasar el río Salado –que era percibido como una frontera entre las sociedades indígenas e hispanocriollas– utilizaban como fuentes de información sobre los recursos de interés económico y los sitios aptos para colonizar la documentación legada por los jesuitas Cardiel y Falkner, que habían intentado reducir a los pueblos indígenas de la pampa (Iruetia 2007).

Además, algunos de estos viajeros, como por ejemplo Viedma y Villarino, habitaban en el Fuerte del Carmen y las expediciones que emprendían para registrar el área partían desde dicho establecimiento, y no desde la ciudad de Buenos Aires. Por ello buscaban conocer el territorio valiéndose también de datos provistos por los indígenas, quienes se desempeñaban como baqueanos debido al amplio conocimiento que tenían sobre la región. Al respecto, hallamos un ejemplo en un relato de Villarino ([1782] 1972:1016) en el que afirmaba que los indígenas que le habían servido de informantes no habían estado jamás en el fuerte del río Negro, “si bien dicen tienen noticia de habernos establecido, pero que ellos para caminar a sus tierras, atraviesan el campo desde el Colorado a este río por el Chuelechel, setenta leguas al poniente de nuestro establecimiento”.

Así, observamos que las rutas de circulación indígena funcionaban como ejes organizadores del territorio, ya que eran diagramadas, según Nacuzzi y Pérez de Micou (1994:94), “teniendo en cuenta la distancia mínima, la seguridad, el mínimo esfuerzo y la máxima experiencia”. Esta alta movilidad de las agrupaciones indígenas asociada al uso óptimo de los recursos fue evidenciada por Viedma ([1781] 1938:536) a partir de los testimonios del peón Juan José González acerca de que el cacique Guachalap y su gente, quienes “no tienen permanente sitio por sus grandes caballadas, que consumen mucho pasto; y si se les muere algún indio por pequeño que sea, al punto levantan sus toldos y mudan de paraje”. En este sentido, Bayón y Pupio (2003:361) plantearon que la “movilidad dentro del espacio social está estrechamente vinculada a las redes sociales, especialmente las de parentesco, a través de las que circulaban información, bienes y personas”¹.

El tercer aspecto a tener en cuenta se refiere a los desplazamientos hispanocriollos reflejados en los relatos de los viajeros. En la documentación analizada encontramos que los indígenas no eran los únicos que circulaban por el territorio y, en repetidas ocasiones, la movilidad de los indígenas quedaba soslayada por la de los hispanocriollos, quienes recorrían la región de modo bastante más desorganizado. Los desplazamientos de los viajeros les permitían “ver, conocer y dominar”² territorios controlados por grupos indígenas en los cuales se encontraba interesada la Corona española (Penhos 2005:349). Por ello, los expedicionarios recurrían a determinados hitos en el paisaje para orientarse, y para referirse a ellos adoptaban los vocablos que utilizaban los baqueanos que los guiaban –que generalmente pertenecían a las distintas agrupaciones indígenas (Enrique 2010a)–.

Las descripciones que registraban los viajeros no sólo daban cuenta de las distancias recorridas y de la orientación cardinal seguida, sino que también brindaban información acerca de la caza disponible, de la estacionalidad o no de los cuerpos de agua, la presencia de recursos alimenticios y de aquellos que les permitieran hacer fuego. Estas referencias resultaban sumamente útiles para quienes luego atravesaran la región, por ello consideramos que la circulación de los hispanocriollos por el territorio también puede ser vista como una estrategia de uso del paisaje norpatagónico.

INFLUENCIAS ENTRE INDÍGENAS Y VIAJEROS EN LAS ESTRATEGIAS DE USO DEL PAISAJE DEL NORTE DE LA PATAGONIA

Observamos que los indígenas programaban los movimientos siguiendo rutas preestablecidas (Nacuzzi 1991), en contraposición con los desplazamientos hispanocriollos plasmados en los diarios de viaje, que progresivamente adoptaron algunos de los ejes con los que los indios organizaban el territorio. Esta incorporación por parte de los expedicionarios de determinadas estrategias indígenas de uso del territorio se debía, en gran medida, a la necesidad de los viajeros de contar con baqueanos para circular por los territorios desconocidos (Enrique 2010a, 2010b). En este sentido, identificamos ciertas referencias a la movilidad hispanocriolla en relación con la de los grupos indígenas y su conocimiento del territorio; por ejemplo, en las explicitaciones de Viedma [1779] acerca de los auxilios que los indios prestaban a los “blancos” en sus desplazamientos. El autor comentaba que dos presos que habían desertado del puerto de San José habrían sido acogidos cariñosamente en una toldería luego de

haberse visto en peligro cuasi evidente de morir por la sed, y hambre, pues aseguran estuvieron nueve días sin beber más, que refrescar la boca con agua salada de la mar, y los otros compañeros afirman murieron, y al negro de don Juan de la Piedra que se desertó antes de estos, le encontraron muerto en el camino [Viedma [1779: f. 138].

Según Nacuzzi (1998), la presencia de los hispanocriollos en la región produjo una mayor movilidad, el abandono de ciertas pautas económicas y la adopción de otras de manera casi

excluyente, como la apropiación de ganado y el comercio. Palermo (1986) había señalado que la realización de grandes viajes no implicaba necesariamente nomadismo, ya que tanto las vaquerías de los hispanocriollos como las de los indígenas tenían como objetivo la apropiación de animales más que el dominio del espacio³.

Retomamos lo planteado por Nacuzzi (2007) acerca de que las nuevas relaciones interétnicas incentivaron que los grupos indígenas reformularan sus pautas de desplazamiento por el territorio y la obtención de recursos, incluyendo nuevos bienes y circuitos económicos. Al respecto, advertimos ciertas referencias al intercambio entre grupos y el circuito mercantil establecido con Chile (Mandrini 1992); por ejemplo, en un relato de Villarino ([1782] 1972:1120) en el que mencionaba que algunos cristianos de Valdivia “venían todos los años a comerciar con los aucaces y pegenches, los cuales traían géneros, que cambiaban a los indios por ponchos y ganados”. En relación con esto pensamos que, al tiempo que las interrelaciones entre los grupos se manifestaban en el uso del espacio, estas interrelaciones y los usos del espacio se afectaban mutuamente⁴. La elección de determinadas modalidades para estimar las distancias y la duración de las jornadas de viaje que los expedicionarios utilizaban según la ocasión demuestran la incorporación de ciertos parámetros indígenas. Así, cuando no podían recurrir a sistemas de medición europeos, aludían –como los indígenas– a la distancia en los días de caminata que separaban un lugar de otro. De manera semejante, adoptaron la forma en que los indígenas medían el tiempo en cantidad de lunas, aunque también lo contaban en días.

La incorporación del uso del fuego como una estrategia comunicativa indígena por parte de los viajeros, especialmente Villarino, constituye otro ejemplo de la adopción de ciertas prácticas indígenas por parte de los exploradores. Villarino ([1782] 1972:986) explicaba en uno de sus diarios que se había enterado “por los indios, que los fuegos e incendios del campo eran señal de reunión entre ellos, y seña de venir algún enemigo de aquella nación, a los cuales sus aliados y parientes le hacían esta seña”. Así, él mismo recurría a los incendios para llamar la atención de algunas agrupaciones indígenas según sus conveniencias y reconocía el campo quemado como advertencia de la presencia de indios (Enrique 2010a).

Como podemos ver, en los documentos consultados existen referencias tanto a los movimientos en sí como a los rastros de los traslados en el terreno que descubrían los viajeros. Villarino ([1782] 1972) señalaba la existencia de un sitio llamado “Paso de los indios” y brindaba información sobre los caminos utilizados por los indígenas. El autor prestaba atención a los detalles que encontraba y conjeturaba posibles movimientos a partir de las huellas que observaba en el terreno, como por ejemplo que “por las orillas del Diamante me parece que no habitan los indios, porque no se hallan caminos, ni veredas en ellas” o que “por hacer tiempo que faltan los indios de estos parajes, concurrió a estos llanos y potreros muchísima caza mayor” (Villarino [1782] 1972:1135).

Finalmente, también hallamos frecuentes alusiones a exploraciones llevadas a cabo con el objeto de encontrar a los desertores que escapaban de las propias comitivas, en las cuales la colaboración de los indígenas y los indicios de que el terreno había sido transitado resultaban fundamentales. Por ejemplo, Viedma (1781:f. 8) había enviado soldados a buscar a dos prófugos que habrían robado unos caballos y recados del rey, “con orden de no parar hasta el río Colorado, y que le avisaran al cacique Chulilaquini para que con sus indios hiciera diligencia de prenderlos”.

CONSIDERACIONES FINALES

Hemos analizado los modos de utilizar el paisaje del norte de la Patagonia a través de los diarios de los expedicionarios hispanocriollos ponderando la movilidad de estos viajeros por el territorio y no sólo la de los grupos indígenas. La circulación de los indígenas por el territorio había sido subrayada vinculándola peyorativamente con nociones de nomadismo y salvajismo,

al tiempo que los desplazamientos de los viajeros hispanocriollos habían sido desdibujados como estrategias de uso del espacio norpatagónico. No obstante, consideramos que resulta preciso entender las pautas de circulación tanto de los expedicionarios como de los indígenas como modalidades diversas de aprovechamiento de los recursos y de organización del espacio y de las relaciones sociales, a pesar del escaso conocimiento de los funcionarios virreinales sobre el territorio y del menor grado de previsibilidad de sus movimientos en relación con el manejo indígena del paisaje pampeano-patagónico. Por ello sostenemos que a fines del siglo XVIII la movilidad territorial constituyó una estrategia económica y espacial a la que recurrían tanto los indígenas como los viajeros, aunque de modos diferentes. Mientras que para los indígenas era un modo de utilizar los recursos y obtener beneficios de los hispanocriollos, para los expedicionarios, los registros de sus desplazamientos contribuían al conocimiento del territorio y sus habitantes de manera fundamental.

El desconocimiento de los hispanocriollos sobre el territorio indígena continuó hasta entrado el siglo XIX, como ha planteado Villar (1993), y fue aumentando a medida que se incrementaba la distancia hacia el oeste y el sur⁵. En este sentido, coincidimos con Bayón y Pupio (2003:347) en que las sociedades indígenas e hispanocriollas no definieron aisladamente el uso del espacio, sino que lo hicieron “teniendo en cuenta las decisiones del otro, dando como resultado el solapamiento de territorios, con la consecuencia inevitable que cada sociedad reconoció como propias áreas sobre las que realmente no tenía control ni derecho de uso”⁶.

Hemos mostrado que los desplazamientos de los funcionarios que recorrían el territorio constituyeron una de las estrategias que utilizaron para conocer y hacer uso del paisaje norpatagónico bajo dominio indígena. De esta manera, han podido establecerse relaciones con respecto a la movilidad de los grupos indígenas, considerando aspectos tales como la organización del territorio y ciertos efectos del contacto interétnico en la construcción social del paisaje, a fin de no limitar el análisis al aprovechamiento económico de los recursos.

Fecha de recepción: 09/12/2010

Fecha de aceptación: 08/07/2011

NOTAS

- ¹ Dichas autoras sostuvieron que las sociedades con alta movilidad tendrían un comportamiento flexible de defensa de sus límites espaciales sólo en lugares estratégicos o con recursos escasos, como en el caso de Choele Choele. Observamos esto en el relato de Viedma ([1781] 1938), quien señalaba la relevancia de la ubicación de los ranqueles.
- ² Penhos (2005) afirma que desde el siglo XVII los desplazamientos por el espacio estuvieron asociados a la adquisición de conocimiento debido a la influencia del modelo baconiano, que se basaba en la observación y la experimentación. En dicho contexto, el objeto que se pretendía conocer estaba lejos y el viaje permitía “salvar esa distancia, aunque conservándola como condición *sine qua non*” (Penhos 2005:17).
- ³ En relación con esto, resulta interesante el trabajo de Crivelli Montero (1991) sobre los malones indígenas como posible estrategia de negociación con los hispanocriollos. De manera semejante, para Boccara (2005), la estrategia indígena para mantener su autonomía y soberanía se habría logrado mediante la combinación de diversas actividades como pillaje, diplomacia, guerra, comercio en los espacios fronterizos.
- ⁴ Quijada (2002) señaló que las luchas eran por la tenencia del espacio más que por cuestiones de soberanía, y que las fronteras que planteaban los hispanocriollos no eran incompatibles con la visión de los indígenas, quienes desplegaban un sistema de permisos para transitar “territorios ajenos”. Desde el punto de vista de Gelman (1997), en 1810 el Salado aún permanecía como una barrera para la expansión del mundo agrario hispanocriollo, ya que a pesar de los avances “blancos” el dominio territorial continuaba siendo ejercido por los grupos indígenas.
- ⁵ Villar (1993) ha distinguido entre la “frontera” y “tierra adentro” al examinar la situación de creciente pugna entre los patrones de ocupación del espacio de las sociedades hispanocriolla e indígenas y sus

progresivas transformaciones determinadas por el desarrollo de la política económica europea en la región pampeana durante el siglo XIX.

- ⁶ Aunque las autoras se refieren a una etapa posterior del siglo XIX, en nuestro caso, el territorio que los españoles consideraban como propio tampoco coincidía con la región que efectivamente controlaban.

BIBLIOGRAFÍA

Bayón, C. y M. A. Pupio

2003. La construcción del paisaje en el sudoeste bonaerense (1865-1879): una perspectiva arqueológica. En R. Mandrini, y C. Paz (comps.) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX*: 343-374. Neuquén/Bahía Blanca/Tandil, Centro de Estudios de Historia Regional/Departamento de Humanidades Universidad Nacional del Sur/Instituto de Estudios Históricos y Sociales.

Boccara, G.

2005. Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas. Repensando los márgenes americanos a partir (y más allá) de la obra de Nathan Wachtel. *Memoria Americana* 13: 21-52.

Canals Frau, S.

1953. *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.

Casamiquela, R.

1969. *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandíes*. Santiago de Chile, Museo Nacional de Historia Natural.

Criado Boado, F.

1995. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. En C. Barros, y J. NASTRI (comps.), *La perspectiva espacial en arqueología*: 75-116. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Crivelli Montero, E.

1991. Malones: ¿saqueo o estrategia? El objetivo de las invasiones de 1780 y 1783 a la frontera de Buenos Aires. *Todo es historia* 28: 6-32.

Curtoni, R.

2004. Territorios y territorialidad en movimiento: la dimensión social del paisaje. *Etnia* 46/47: 87-104.

Enrique, L. A.

2010a. La percepción del territorio del norte de la Patagonia entre los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata a fines del siglo XVIII. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2010b. Uso y representaciones sobre el paisaje del norte de la Patagonia por los expedicionarios de fines del siglo XVIII. En C. Lucaioli, y L. Nacuzzi (comps.), *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América*: 175-203. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, Serie Publicaciones.

Escalada, F.

1949. *El complejo "tehuelche"*. *Estudios de etnografía patagónica*. Buenos Aires, Coni.

Gelman, J.

1997. Producción y explotaciones agrarias bonaerenses entre la colonia y la primera mitad del siglo XIX. Rupturas y continuidades. *Anuario del IEHS* XII: 57-62.

Harrington, T.

1946. Contribución al estudio del indio Güntüna Küne. *Revista del Museo de La Plata* II, Antropología 14: 237-275.

Irurtia, M. P.

2007. Intercambio, novedad y estrategias: las misiones jesuíticas del sur desde la perspectiva indígena. En *Revista de Antropología Social* 11: 137-169.

Luiz, M. T.

2006. *Relaciones fronterizas en Patagonia: la convivencia hispano-indígena del periodo colonial*. Ushuaia, Asociación Hanis, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco.

Mandrini, R.

1992. Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI y XIX). Balance y perspectivas. *Anuario del IEHS* VII: 59-73.

Nacuzzi, Lidia

1991. La cuestión del nomadismo entre los tehuelches. *Memoria Americana* 1: 103-134.

1998. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2002. Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas. En S. Visacovsky y R. Guber (comps.), *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*: 229-262. Buenos Aires, Antropofagia.

2007. Los grupos nómades de la Patagonia y el chaco en el siglo XVIII: Identidades, espacios, movimientos y recursos económicos ante la situación de contacto. Una reflexión comparativa. *Chungará* 39 (2): 221-234.

Nacuzzi, L. y C. Pérez de Micou

1994. Rutas indígenas y obtención de recursos económicos en Patagonia. *Memoria Americana* 3: 91-103.

Palermo, M. Á.

1986. Reflexiones sobre el llamado “complejo ecuestre” en la Argentina. *Runa* XVI: 157-178.

Penhos, M.

2005. *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Pinto Rodríguez, J.

1996. Integración y desintegración de un espacio fronterizo. La Araucanía y las Pampas, 1550-1900. En J. Pinto Rodríguez (ed.), *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*: 11-46. Temuco, Universidad de la Frontera.

Quijada, M.

2002. Repensando la frontera argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidad de una realidad espacial y étnica (siglos XVIII - XIX). *Revista de Indias* 224: 103-142.

Vignati, M.

s/f. Etnografía y Arqueología. Usos, costumbres y cultura de los aborígenes de Buenos Aires, La Pampa y Patagonia: Periodo Colonial. *Historia Argentina* 5. Buenos Aires, Plaza y Janés.

Villar, D.

1993. *Ocupación y control del espacio por las sociedades indígenas de la frontera sur de Argentina (siglo XIX)*. Un aporte al conocimiento etnohistórico de la Región Pampeana. Bahía Blanca, Departamento de Humanidades.

Fuentes documentales

Viedma, F.

[1779]. Informe de don Francisco Biedma sobre el Carmen de Patagones. En Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, Legajo 196.

[1781]. Continuación del diario de los acontecimientos y operaciones del nuevo establecimiento del Río Negro en la costa Patagónica desde 1° de octubre de este año hasta el día último de su fecha. En Archivo General de la Nación, Buenos Aires 327.

[1781] 1938. Diario [...] sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de río Negro. *Revista de la Biblioteca Nacional* 7 (II): 503-552.

Villarino, B.

[1782] 1972. Diario [...] del reconocimiento que hizo del Río Negro. En P. de Ángelis, Colección de obras y documentos..., VIII (B). Buenos Aires, Plus Ultra.